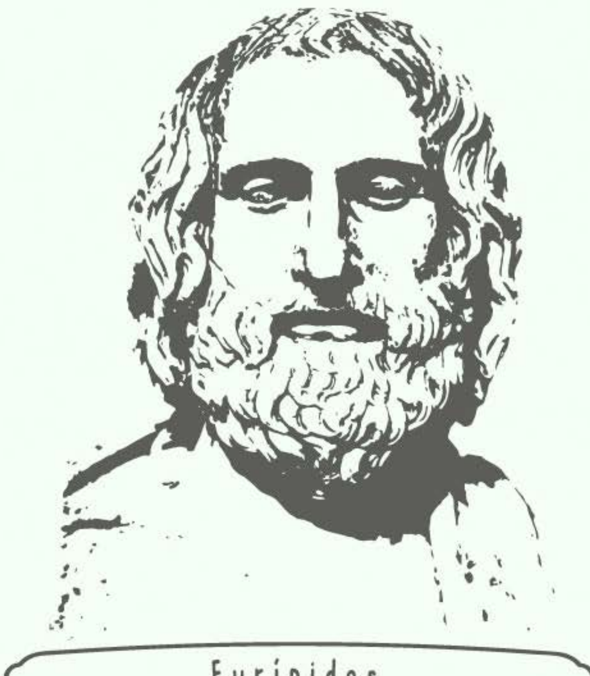
EURÍPIDES





Eurípides



MEDEA

Eurípides

Medea



Eurípides

Nació en la ciudad de Salamina, aproximadamente en el año 480 a.C. Fue un dramaturgo clásico griego considerado, junto a Sófocles y Esquilo, como uno de los poetas trágicos de la antigüedad.

Escribió 92 piezas teatrales de las cuales se conservan 18 obras trágicas y un drama satírico, *El cíclope.* Renueva la tragedia griega tradicional, dota de protagonismo a la mujer, otorga conocimientos al esclavo, minimiza la participación de los dioses y satiriza a muchos héroes de la mitología griega. Sus obras, a diferencia de los otros poetas trágicos, se centran en el espacio privado y el manejo de las emociones de los personajes, regidas por sus pasiones y defectos. Entre sus obras se destacan *Medea* (431 a.C.), *Las bacantes* (405 a.C.) *Las troyanas* (415 a.C.) y *Electra* o *Andrómaca* (417 o 413 a.C.).

Murió en Pella, Grecia, en el año 406 a.C.

Medea
Eurípides

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

MEDEA

PERSONAJES

La nodriza de los hijos de Medea

El pedagogo o ayo de los hijos de Medea

Medea

Coro de mujeres Corintias

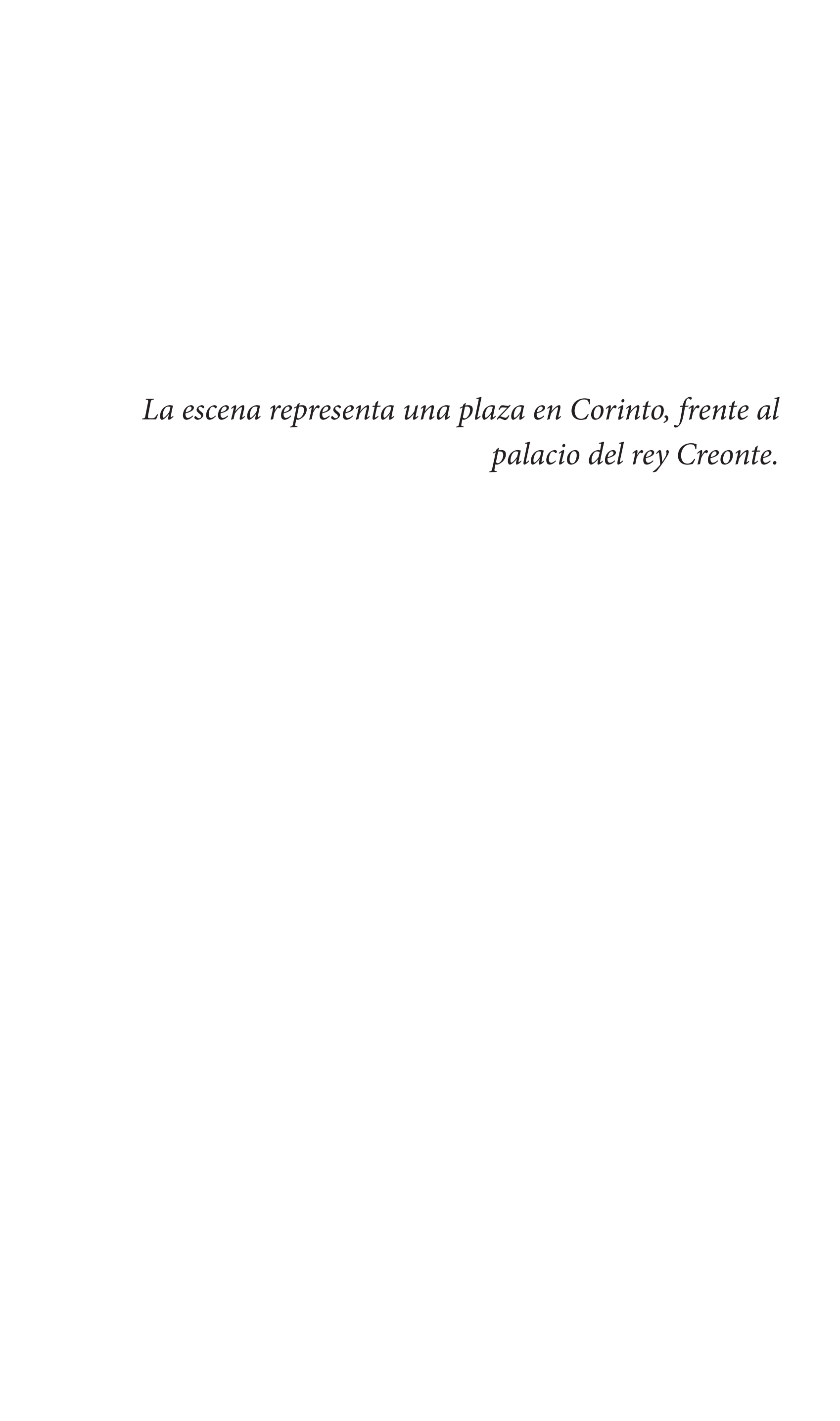
Creonte, rey de Corinto

Jasón

Egeo, rey de Atenas

Un mensajero

Los hijos de Medea



La escena representa una plaza en Corinto, frente al palacio del rey Creonte.

LA NODRIZA.— ¡Ojalá que la nave Argos no volase a la Cólquida y a las cerúleas Simplégadas, y que nunca cayese en tierra el pino cortado en las selvas del Pelión, ni la hubiesen armado de remos los héroes muy ilustres que fueron a conquistar el vellocino de oro de Pelias! No hubiera navegado mi dueña Medea hacia las torres del campo de Yolcos, enamorada de Jasón, ni las hijas de Pelias habrían dado muerte a su padre, ni habitaría en Corinto con su esposo y sus hijos, muy querida de estos ciudadanos, a cuyo país vino fugitiva, y complaciendo sin tasa a Jasón; que el lazo más fuerte del matrimonio es la completa sumisión de la esposa al esposo. Pero hoy todo le es hostil, e indecibles sus sufrimientos. Jasón, faltando traidoramente a sus propios hijos y a mi dueña, contrae regias nupcias con la hija de Creonte, rey de Corinto. La desdichada Medea, herida ignominiosamente en la fibra más sensible de su corazón, clama y jura, invoca la fidelidad que Jasón le prometió al darle su diestra, y pone a los dioses por testigos de su ingratitud. Yace sin tomar alimento, presa de intolerables dolores, y siempre deshecha en lágrimas, desde que tuvo noticia de la injuria que su esposo le hacía; ni levanta sus ojos, ni los separa de la tierra, sino que, impasible como una piedra, o como las olas del mar, oye los consejos de sus amigos,

a no ser cuando inclina su muy blanco cuello, y llora a su padre amado, a su patria y a su palacio, abandonados por acompañar a su esposo, que ahora la desprecia. La infortunada aprende a conocer sus penas a costa de lo que vale el suelo patrio. Odia a sus hijos y no se alegra al verlos. Y temo que maquine algo funesto, que es de carácter vehemente y no puede sufrir injurias. Yo, que lo sé, me estremezco al pensar que acaso atraviese sus entrañas con afilado acero, o que mate a la hija del rey y al que se casó con ella, y le sobrevengan después mayores desdichas. Repito que es de carácter vehemente y que ningún adversario triunfará de ella con facilidad. Pero he aquí a sus hijos, que vienen del gimnasio en donde corren los carros, sin pensar en su madre, porque en su edad juvenil no se suelen sentir los males.

EL PEDAGOGO.— (*Con los hijos de Medea*). Antigua esclava del palacio de mi dueña: ¿por qué estás sola en la puerta reflexionando en tu infortunio? ¿Cómo es que Medea no apetece tu compañía?

LA NODRIZA.— Anciano ayo de los hijos de Jasón: los buenos esclavos comparten las desventuras de sus amos

y padecen también. Tan grande es mi dolor, que vengo a contar a la tierra y al cielo los infortunios de mi señora.

EL PEDAGOGO.— ¿No cesa de gemir la desdichada?

LA NODRIZA.— ¡Singular es tu candor! Ahora empieza; aún no ha llegado a la mitad del camino.

EL PEDAGOGO.— ¡Nada sabe la inocente, si es lícito hablar así de nuestros señores, de sus males novísimos!

LA NODRIZA.— Qué hay, ¡oh, anciano! Dímelo al instante.

EL PEDAGOGO.— Nada; ya me arrepiento de haber hablado.

LA NODRIZA.— Te ruego, por tu barba, que nada ocultes a tu consierva, que, si es necesario, guardará silencio.

EL PEDAGOGO.— Oí a uno casualmente, fingiendo no escucharlo, y acercándome al juego de los dados, junto a la fuente sagrada de Pirene, en donde se reúnen muchos ancianos, que Creonte, señor de esta tierra, había

decretado desterrar de Corinto a Medea y a los hijos. No sé si ese rumor es o no cierto; yo quisiera que no lo fuese.

LA NODRIZA.— ¿Y consentirá Jasón que sufran tal pena sus hijos, aunque no ame a la madre?

EL PEDAGOGO.— Los nuevos amores triunfan ante los antiguos, y Creonte no es amigo de la familia de Medea.

LA NODRIZA.— Perdidos somos si al mal antiguo se añade el que anuncias, cuando aún no hemos apurado el primero.

EL PEDAGOGO.— Pero tranquilízate, porque no conviene que lo sepa nuestra dueña, y calla la noticia.

LA NODRIZA.— ¿Oyen, hijos, cuán cariñoso es con ustedes su padre? No deseo que muera, es mi señor; pero es criminal su conducta con prendas tan caras.

EL PEDAGOGO.— Entren en el palacio, que no será inútil, ¡Oh, hijos! Aléjalos tú cuanto puedas de su madre, y que no los vea airada. He observado el furor que expresaban sus ojos al mirarlos, como si algo tramara, y

no se aplacará su ira, lo sé bien, como no la descargue en alguno. ¡Ojalá que la víctima sea algún enemigo, no un amigo!

MEDEA.— (*Desde adentro*). ¡Ay de mí, desventurada y mísera! ¡Ay de mis penas! ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Cómo moriré al fin?

LA NODRIZA.— Esto es lo que les decía, amados hijos; su madre se agita, su bilis se remueve. Entren pronto en el palacio, que no los vea; no se acerquen a ella; guárdense de su índole cruel, y del ímpetu terrible de sus pasiones. Márchense ya, entren cuanto antes. Ya se levanta la nube; no tardará en estallar con mayor furia. ¿Qué hará en su rabiosa arrogancia, qué hará su ánimo implacable, aguijoneado por el infortunio?

MEDEA.— (*Desde adentro*). ¡Ay, ay, ay, ay de mí! ¡Qué males sufro, mísera! ¡Qué males sufro tan deplorables! ¡Hijos malditos de funesta madre: que perezcan con su padre; que todo su linaje sea exterminado!

LA NODRIZA.— ¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí desventurada! ¡Por qué han de espiar tus hijos las faltas de su padre! ¡Ay de mí! ¡Pobres hijos! ¡Cuánta es mi

angustia, cuánto mi deseo de que nada sufran! Crueles son los tiranos, y como mandan mucho y obedecen poco, difícilmente se aplacan sus iras. Mejor es acostumbrarse a vivir modestamente. Que yo envejezca tranquila, no rodeada de magnificencia. El solo nombre de medianía es ya grato, su posesión, el mayor beneficio de que disfrutan los mortales; nunca los excesos aprovechan a los hombres; al contrario, mayores son las calamidades que los dioses, cuando se enfurecen, lanzan contra las familias.

EL CORO.— He oído las voces, he oído los clamores de la desdichada que nació en Colchos, y cuya ira no se ha mitigado todavía. Cuéntanos, ¡oh, anciana!, lo que sucede; he oído lamentos en ese palacio de doble puerta, y no me placen los infortunios de esa familia, ¡oh, mujer!, a quien tengo afecto.

LA NODRIZA.— Ya no existe; merced a estos sucesos ha desaparecido. Él duerme ahora en regio tálamo; la dueña se consume en su lecho, y no tiene amigos que la consuelen.

MEDEA.— (*Desde adentro*). ¡Ay, ay! ¡Que el fuego del cielo me abrase! ¿Qué gano yo con vivir? ¡Ay, ay! ¡Que la muerte me arrebate esta triste vida!

EL CORO.— ¿No has oído Zeus, tierra y luz, las voces de la infeliz esposa? ¿No ves que tu insaciable deseo al verte sola en tu lecho, ¡Oh, insensata!, precipitará tu muerte? Vano será tu anhelo. Si tu marido descansa en nuevo tálamo, no te enfurezcas contra él, que Zeus te vengará. No te contristes más de lo justo llorando a tu compañero.

MEDEA.— (*Desde adentro*). ¡Oh, magna Temis y reverenda Diana!; ¿ven lo que sufro a pesar de los sagrados juramentos que ligan a mi execrable esposo? Ojalá que lo vea con su esposa, ya que han osado ofenderme primero, bajo las ruinas de su palacio, ¡oh, ciudad! ¡Oh, padre!, a quienes abandoné torpemente después de matar a mi hermano.

LA NODRIZA.— Ya oyen lo que dice, y cómo invoca a Temis y a Zeus, a quienes los hombres miran como a defensores de los juramentos. No es posible que mi señora aplaque fácilmente sus iras.

EL CORO.— Ojalá que Medea se presente y atienda mis ruegos, si se ha de mitigar su furiosa ira y los ímpetus de su rabia. Nunca faltaré yo a los deberes de la amistad. Ve, pues, y sácala de su palacio, y dile que la amamos; apresúrate, antes que descargue su furor en los que están dentro; las lágrimas corren aquí con furia.

LA NODRIZA.— Así lo haré, aunque no tengo confianza en persuadir a mi señora; las complaceré, sin embargo, aunque se lanza contra sus servidores como leona recién parida, si alguno se acerca a hablarle. No errarás si llamas necios e impudentes a los hombres de los pasados tiempos, que para regocijo de la vida inventaron los himnos en fiestas, banquetes y cenas, y ninguno intentó disiparla con la música o el canto, acompañado de muchas liras, y por eso los asesinatos y las más fatales desgracias arruinan a las familias. Ventajoso hubiera sido curar con el canto los males de los hombres; porque en un alegre festín, ¿a qué modular la voz agradablemente? Él solo, si es espléndido, deleita a los mortales.

EL CORO.— He oído lúgubres clamores, he oído lamentos; se queja amargamente del traidor a quien dio su mano, de su malvado esposo. Llena de ignominia invoca

a Temis, hija de Zeus, defensora de los juramentos, que la arrastró a la Grecia enfrente de su patria, atravesando de noche los mares hasta llegar a este salado y marino estrecho, de difícil paso.

MEDEA.— (*Aparece en escena y se dirige al coro*). Salgo de mi palacio, ¡oh, mujeres corintias!, para que no me reprochen. Sé bien que algunos que viven en el extranjero, lejos de su patria, son orgullosos, y que otros, de costumbres apacibles y olvidadizos de ellas, pasan tranquilamente la vida. No mora la justicia en los ojos de los hombres, pues antes de conocer a fondo a los demás, odian a la simple vista, sin ser provocados a ello por injuria alguna. El que recibe hospitalidad debe adoptar las costumbres de la ciudad que se la da, pues no alabo al ciudadano, sea el que fuere, de arrogante índole que con su necedad molesta a sus conciudadanos. Este mal, que me ha sobrevenido cuando no lo esperaba, ha desgarrado mi corazón acabando conmigo, y como la vida no tiene ya atractivo para mí, deseo morir; ¡oh, amigas!, mi esposo, el peor de los hombres me ha abandonado, cuando en él tenía cifrada mi mayor dicha; de todos los seres que sienten y conocen, nosotras las mujeres somos las más desventuradas, porque necesitamos comprar

primero un esposo a costa de grandes riquezas y darle el señorío de nuestro cuerpo; y este mal es más grave que el otro, porque corremos el mayor riesgo, exponiéndonos a que sea bueno o malo. No es honesto el divorcio en las mujeres, ni posible repudiar al marido. Habiendo de observar nuevas costumbres y nuevas leyes como son las del matrimonio, es preciso ser adivino, no habiéndolas aprendido antes, como sucede en efecto, para saber cómo nos hemos de conducir con nuestro esposo. Si congenia con nosotras, y es la mayor dicha, y sufre sin repugnancia el yugo, es envidiable la vida; si no, vale más morir. El hombre, cuando se haya mal en su casa, se sale de ella y se liberta del fastidio o en la del amigo, o en las de sus compañeros; mal la necesidad nos obliga a no poner nuestras esperanzas más que nosotras mismas. Verdad es que dicen que pasamos la vida en nuestro hogar libre de peligros, y que ellos pelean con la lanza; pero piensan mal que más quisiera yo embrazar tres veces el escudo que parir una sola. Pero tu suerte es distinta que la mía yo contigo no rezo mis palabras; esta es tu patria, este tu hogar paterno, y aquí disfrutas las comodidades de la vida y del trato de los amigos; yo sin ellos, desterrada, sufriendo afrentas de mi marido, que me robó de un país bárbaro, no tengo madre, ni hermanos, ni parientes que

me consuelen en esta calamidad. Solo, pues, desearía que me indicases algún medio de vengarme de estos males que mi esposo me causa, y del que le dio a su hija en matrimonio, y de ella, y que lo calles. Porque la mujer es siempre tímida, cobarde en la lucha, y sin ánimo para mirar tranquilamente el acero, pero cuando la injuria que recibe afecta a su tálamo conyugal, no hay nadie más cruel.

EL CORO.— Haré lo que me dices. Con razón debes vengarte de tu esposo, ¡oh, Medea!, no me admira que llores tu desgracia. Pero veo a Creonte, señor de tu tierra, que se acerca a anunciarte sin duda nuevas órdenes.

CREONTE.— A ti, la de mirada sombría y enfurecida contra tu esposo, Medea, te ordeno que salgas desterrada de esta tierra, llevándote tus dos hijos, y sin dilatarlo un instante; que soy aquí soberano y no volveré a mi palacio antes de excusarte de los confines de este país.

MEDEA.— ¡Ay, ay! ¡Completa es mi desventura! ¡Muerta soy! Ya mis enemigos largan todas las velas y no hay remedio contra estos males. Pero dime, ¡oh, Creonte!, a pesar de tu odioso comportamiento, ¿por qué me destierras?

CREONTE.— Temo, dejándome decir circunloquios, que infiera a mi hija algún daño irreparable. Muchas son las causas de mi temor; eres astuta, maestra en artificio, y sientes que tu esposo haya abandonado tu lecho; sé que profieres amenazas, según dicen, y que no disimulas tu propósito por vengarte de mí, por haber casado a mi hija, y del esposo y de la esposa. Cuidaré, pues, de que no suceda. Más quiero incurrir en tu odio, ¡oh, mujer!, que arrepentirme inútilmente de mi condescendencia.

MEDEA.— ¡Ay, ay! No es ahora la primera vez, ¡oh, Creonte! Si no muchas veces, me ha perjudicado mi mala reputación y me ha acarreado graves males. Nunca conviene que un hombre del resto juicio enseñe a sus hijos demasiada filosofía, porque, además de ganar fama de holgazanes, concitan contra sí la envidia de sus conciudadanos. Si enseñas a los necios nuevas y profundas doctrinas, creerán que para nada sirves y que no eres sabio; y hasta aquellos sabios que estiman lo que sabe, si te creen superior, te aborrecerán porque les molestas. Te ofrezco una prueba de lo que te digo: por mi saber me envidian unos, estos me llaman ociosa, aquellas perversas, para otros soy pesada carga, y, sin embargo, no sé demasiado. Tú debes sufrir de mí algún daño injusto.

No es ese mi pensamiento, ¡oh, Creonte!; no receles que yo ofenda a tus ilustres personajes. ¿Qué iniquidades has perpetrado contra mí casando a tu hija, atentos solo a su inclinación? A quien detesto es a mi marido; pero, según creo, has obrado con prudencia... Y ahora no llevo a mal que salga a medida de tu deseo: que se casen, que aquí reina la felicidad y el bienestar; pero déjame vivir en Corintos; yo callaré a pesar de mi afrenta y cederé a la fuerza.

CREONTE.— Me agrada oír lo que dices; pero temo que fragües alguna maldad, y ahora tengo en ti menos confianza que antes, porque la mujer de pronta cólera, lo mismo que el hombre, es menos temible que quien calla y solapadamente forma propósito de vengarse. Vete, pues, cuánto antes y no me hables más, así lo he mandado, y no hallarás medio de quedarte entre nosotros siendo mi enemiga.

MEDEA.— (*Abrazándose a sus rodillas en señal de súplica*). ¡Oh, no, por tus rodillas y por tu hija recién casada!

CREONTE.— ¡Gastas palabras; nunca lograrás persuadirme!

MEDEA.— ¿Y me expulsarás de aquí y desoirás mis suplica?

CREONTE.— No te prefiero a ti más que a mi familia.

MEDEA.— ¡Cuánto, oh, patria, me acuerdo de ti ahora!

CREONTE.— Fuera de mis hijos, lo que más amo es mi ciudad.

MEDEA.— ¡Ay, ay! ¡Qué grave es el amor en los hombres!

CREONTE.— En mi juicio, según sea su fortuna.

MEDEA.— ¡Oh, Zeus, no olvides al autor de estos males!

CREONTE.— ¡Vete, insensata, y líbrame de este sufrimiento!

MEDEA.— Bastante tengo con los míos; no necesito más.

CREONTE.— (*Haciendo un gesto a los hombres de su escolta*). Pronto te desterrarán a la fuerza los de mi séquito.

MEDEA.— No lo hagas; yo te lo suplico, ¡oh, Creonte!

CREONTE.— No me precipites tú, como llevas trazas de hacerlo.

MEDEA.— Huiré; no es eso lo que te pido.

CREONTE.— ¿A qué, pues, te opones y no te alejas?

MEDEA.— Déjame permanecer un solo día, y pensaré en donde he de refugiarme con mis hijos, ya que su padre no digna a cuidar de ellos; compadécete de su suerte, que tú también los tienes; míralos con agrado. Poco me curo de mí y de mi destierro, pero deploro su mala fortuna.

CREONTE.— No es tiránica mi natural índole, y muchas veces me ha perdido mi bondad. Y veo que no obro bien ahora, ¡oh, mujer!, y sin embargo, lograrás lo que deseas; pero advierto que morirás si te llega a alumbrar aquí o a tus hijos la antorcha del sol que ha de lucir mañana: lo dicho, dicho está, y no me volveré atrás.

Ahora, si te conviene quedarte aquí, quédate por un solo día, que no podrás cometer ningún crimen de los que temo. (*Creonte abandona la escena*).

EL CORO.— ¡Infeliz mujer! ¡Ay, ay, cuántos son tus dolores! ¿Adónde te encaminarás al fin? ¿Quién te dará hospitalidad? ¿Qué techo te cobijará? ¿Qué tierra podrás encontrar que te libre de males? ¡En peligrosa borrasca, oh, Medea, te han lanzado los dioses!

MEDEA.— Me rodean solo desdichas. ¿Quién podrá contradecirlo? Pero no será como piensan, no. Nuevas luchas aguardan a los esposos y no pocos trabajos a los suegros. ¿Crees, acaso, que yo le habría hablado nunca con tanta dulzura sino por ganar tiempo y vengarme? Me hubiera callado, absteniéndome de tocar sus manos. Tan grande es su insensatez que, pudiendo desbaratar sus proyectos, desterrándome de aquí ahora, me ha concedido el plazo de un día, que bastará para dar muerte a tres enemigos míos: al padre, a la hija y a mi esposo. Aunque tengo muchos medios de hacerlos morir, no sé. ¡Oh, amigas!, cuál emplearé primero: si incendiaré el palacio nupcial, o si los atravesaré con el afilado acero, entrando ocultamente en el aposento en

que está preparado el nupcial lecho. Solo un obstáculo me detiene: si al cumplir mi propósito me prenden, se regocijarán con mi muerte. Lo mejor es matarlos con veneno, en cuyo arte soy maestra. Sea así; supongamos que ya han perecido: ¿qué ciudad me acogerá? ¿Quién me dará hospitalidad, y me dejará libre, y me ofrecerá un país seguro y un albergue que me inspire confianza? No es fácil. Como me queda tan poco tiempo, si encuentro algún refugio que me tranquilice, cometeré mi crimen dolosa y ocultamente; si la inevitable fortuna trastorna mi plan, los mataré con mi espada, aunque después muera yo; ellos verán hasta dónde llega mi audacia. No, por Hécate, deidad a quien rindo especial culto, y cuta protección he implorado en este trance en el secreto santuario de mi palacio; nadie se reirá de mis dolores. Amargas y tristes serán las nupcias, amargo el nuevo parentesco, amargo mi destierro de este país. Ea, pues, Medea; apela a todos tus artificios, delibera y medita, no vaciles en cometer tu atroz delito; veremos quién es más fuerte. ¿No consideras tu estado? ¿Has nacido de noble padre y desciendes del Sol, y servirás de ludibrio en las bodas de Jasón y de los hijos de Sísifo? Tú eres sagaz; por naturaleza somos las mujeres las más incapaces de hacer el bien, pero artífices los más ingeniosos de todo linaje

de males. (*Mientras canta el coro, Medea no abandona el teatro, aunque queda en segundo término*).

EL CORO.— Hacia atrás corren las ondas de las sagradas fuentes y la justicia y todas las cosas hacia atrás se revuelven. El dolo preside en los consejos de los hombres y no hay fe en los dioses. Para que mi vida sea alabada ha de cambiar mi fama: sea honrado mi sexo, y las mujeres no gozarán de infausto renombre. Las musas, madres de las antiguas canciones, no publicarán ya mi perfidia; Febo, dios de la poesía, no nos ha concedido componer cantos divinos, acompañados de la lira, porque entonces yo hubiese entonado un himno contrario a los hombres, ya que la larga edad pasada aduce tantas pruebas contra nosotras y contra ellos. Mas tú abandonaste el hogar paterno, navegando airada; atravesaste los dos peñascos del mar, habitas en tierra extranjera, y viuda solitaria yaces en el lecho, ¡oh, desdichada!, y te destierran de este país con ignominia. El aire se llevó los juramentos y desapareció el pudor de la Grecia, siendo tan vasta. Tú, desventurada, no tienes palacio paterno al cual recurras en tus miserias, y en el tuyo y en tu esposo domina otra reina más poderosa que tú.

JASÓN.— No solo ahora, sino muchas veces, he observado que la rabiosa cólera es mal irreparable. Cuando podías quedarte en tu casa y en este país, si obedecieras resignada las órdenes de los que mandan, los obligas, profiriendo vanas palabras, a que te lancen de aquí. Para mí no hay en esto la menor molestia; no dejes nunca de decir que Jasón es el peor de los hombres; pero en cuanto a tus injurias contra los príncipes, debes convenir conmigo en que no ganas poco siendo solo desterrada. Siempre me esforcé en aplacar la ira de los reyes, enfurecidos contra ti, y deseaba que te quedases; pero tú, siempre insensata, prosigues maldiciendo a los que reinan, y así no habrá otro remedio que desterrarte. Sin embargo, ni aun por esto falto a los que amo; tal es la razón que me ha obligado a venir aquí, ¡oh, mujer!, para mirar por ti, para que no salgas pobre con tus hijos, si algo necesitas. Muchos males traen consigo el destierro, y aunque me aborrezcas, nunca podré quererte mal.

MEDEA.— ¡Oh, tú, el mayor de los malvados!, que, débil mujer, solo mi lengua debe ofenderte, ¿has venido a vernos, has venido a vernos cuando te odio más que a nadie? Y los dioses conmigo y todo el linaje humano. No es confianza ni fortaleza mirar frente a frente a los amigos

a quienes injurias, sino desvergüenza, la más grave de las debilidades humanas. No obstante, has hecho bien en venir, porque me consolaré maldiciéndote, y tú sufrirás oyéndome. Comenzaré, pues, tu apología. Te salvé, como saben todos los griegos que se embarcaron contigo en la nave Argos, cuando guiaste los toros uncidos al yugo, que aspiraban llamas, para sembrar el mortífero campo; y después que maté al vigilante dragón que guardaba el vellocino de oro envuelto en sus monstruosos pliegues, viste por mí la luz saludable. Yo misma, abandonando traidoramente a mi padre y a mi familia, te acompañé a Yolcos el del Pelión con más ligereza que prudencia, y maté a Pelias, cuando la muerte es el peor de los males, valiéndome de sus mismas hijas, y te liberé de todo temor. Y por estos beneficios, ¡oh, tú, el más infame de los hombres!, me has vendido y buscado un nuevo tálamo para que no se acabe tu linaje. Si no tuviera hijos, podría perdonarte tus nuevas nupcias. No has hecho caso de tus juramentos, ni es fácil saber si crees que todavía reinan los dioses que antes reinaron, o si los hombres han recibido otras leyes, aun cuando estés bien seguro de que no me has sido lo fiel que debieras. ¡Ay de mi diestra, que tanto estrechaste! ¡Ay de mis rodillas, que en vano tocó un hombre malvado! Perdimos toda esperanza. Ea, pues,

hablaré contigo como si fueras amigo, y aunque no eres capaz de hacerme bien alguno, te hablaré, sin embargo, para que, cuando te reconvenga, sea mayor tu oprobio. ¿Adónde me dirigiré ahora? ¿Al palacio de mi padre y a mi patria, a la que abandoné antes por venir aquí? ¿A la casa de las desgraciadas hijas de Pelias? Bien me recibirán, sin duda, en su palacio, después de haber dado muerte a su padre. Tal es mi desesperada situación, que me aborrecen los amigos a quienes no debí hacer mal, y tengo por enemigos a quienes solo dispensé beneficios, como sucede a ti. Soy por tu causa la esposa más feliz y envidiable de Grecia, y tú, portentoso y fidelísimo marido; tú eres el autor de mis desventuras, tú me obligas a huir de aquí desterrada, sin amigos, sola con mis hijos, también solos. ¡Preclara gloria para el nuevo esposo reducir a sus hijos y a su salvadora a la condición de errantes mendigos! ¿Por qué, ¡oh, Zeus!, has permitido que los hombres distingan el oro verdadero del falso, y no has impreso una señal en el cuerpo para que no se confundan los malos con los buenos?

EL CORO.— Grave mal es la ira, y se cura con trabajos si los amigos luchan con amigos.

JASÓN.— Preciso es, según parece, que yo no sea imperito en hablar, sino como prudente piloto que pliega las velas de la nave, ¡oh, mujer!, para escapar a tu locuacidad desenfrenada. He decirte, pues, ya que tanto ponderas tus beneficios, que Cipris sola, no otro dios ni hombre, me salvó en mi navegación. Sutil es tu ingenio, y te será enojoso que yo cuente cómo te forzó el Amor con sus inevitables saetas a libertarme. Pero no insistiré en esto. No puedo negar que me ayudaste; pero probaré que tú has ganado en ello más de lo que hubieras perdido haciendo lo contrario. En primer lugar, vives en Grecia y no en país bárbaro, y has conocido en ella lo que valen el derecho y las leyes, no la arbitrariedad y la violencia; todos los griegos alaban tu ingenio, y has alcanzado gloria, y si habitases en los últimos confines del orbe, nadie hablaría de ti. Aunque en mi palacio no tenga riquezas, aunque no pueda componer versos superiores a los de Orfeo, que la fama, en cambio, celebre mis hazañas. He aquí mis obras, ya que tú has suscitado esta disputa. Por lo que hace a mis nupcias, que has escarnecido, probaré primero mi prudencia, después mi moderación, y por último, que todo ello es la consecuencia del afecto que profeso a ti y a mis hijos. (*Ante el gesto indignado de Medea*). Tranquilízate, pues. Cuando llegué aquí desde

Yolcos, presa de intolerables sufrimientos, ¿qué mayor ventura para mí que casarme con la hija del rey, no siendo más que un mísero desterrado? No he aceptado la boda por los motivos que te atormentan ni por odio a tu lecho, herido por el deseo de un nuevo matrimonio ni por los incentivos que me ofrece una nueva esposa, ni por tener muchos hijos, que me bastan los tuyos, y no me quejo de ello, sino lo que es más importante, por vivir vida pacífica y no sufrir la miseria, sabiendo que los amigos huyen del pobre, y para educar a mis hijos como a su cuna corresponde, y si engendrare otros, hermanos de los tuyos, para que todos sean iguales, y verlos juntos, y disfrutar así de ventura. ¿Para qué necesitas a los tuyos? A mí me interesa servir con los que tenga a los que ya viven. ¿He pensado mal acaso? No lo dirías tú si no te amargara mi matrimonio. Ustedes las mujeres creen poseerlo todo cuando vuestro lecho nupcial queda a salvo; pero si sufrís algo en esta parte, miráis como lo más adverso lo mejor y más útil. Convendría que los mortales procreasen hijos por otros medios, y que no hubiese mujeres, y así se verían libres de todo mal.

EL CORO.— Elegante discurso has pronunciado, ¡oh, Jasón!, y, sin embargo, me parece, aunque de tu opinión

disienta, que no has obrado en justicia faltando a tu esposa.

MEDEA.— (*Como hablando consigo misma*). Es evidente que en muchas cosas disiento de la mayoría de los mortales. Para mí, quien es injusto y, al mismo tiempo, de talante habilidoso en el hablar merece el mayor castigo, pues, ufanándose de adornar la injusticia con su lengua, se atreve a cometer cualquier acción, pero no es excesivamente sabio. (*Dirigiéndose a Jasón*). Así también tú ahora no quieras aparecer ante mí como honorable y hábil orador, pues una sola palabra te echará por tierra. Hubiera sido necesario, si realmente no fueras un malvado, que hubieras contraído este matrimonio después de haberme persuadido, pero no a escondidas de los tuyos.

JASÓN.— ¡Pues sí que hubieras ayudado a mi plan si te hubiera hablado de mi boda, tú que ni siquiera ahora consientes en refrenar la violenta cólera de tu corazón!

MEDEA.— No era esto lo que te retenía, sino la idea de que un matrimonio con una extranjera te habría de conducir a una vejez sin gloria.

JASÓN.— Sabe bien esto ahora: no por causa de una mujer me he unido al lecho real que ahora poseo, sino, como ya te dije antes, por querer salvarte a ti y por engendrar hijos reales que fuesen hermanos de nuestros hijos, protección para la casa.

MEDEA.— No deseo una vida feliz, pero dolorosa, ni una prosperidad que desgarre mi corazón.

JASÓN.— ¿Sabes cómo cambiar tu súplica y mostrarte más sensata? ¡Que el bien nunca te parezca doloroso, ni en la buena fortuna creas que eres desafortunada!

MEDEA.— Insúltame, que aquí tienes un refugio, y yo huiré abandonada.

JASÓN.— Tú misma lo has elegido; no acuses a nadie.

MEDEA.— ¿Qué delito he cometido? ¿Acaso me he casado y te he traicionado?

JASÓN.— Has proferido impías maldiciones contra los reyes.

MEDEA.— Y a mí me maldicen también en tu palacio.

JASÓN.— No pienso discutir más contigo. Si para ti o para tus hijos quieres aceptar algún socorro mío, dilo; pronto estoy a darte con generosidad lo que desees y encargar a los que te den hospitalidad que te traten bien. Y si lo rehúsas, ¡oh, mujer!, obrarás neciamente; si aplacas tu ira, ganarás mucho más.

MEDEA.— Ni me hospedarán tus amigos, ni recibiré nada, ni nada me darás, que los dones de hombre malvado nunca aprovechan.

JASÓN.— Pues yo pongo a los dioses por testigos de que soy capaz de hacer todo linaje de sacrificios por ti y por tus hijos; pero sin duda no te agradan los bienes, sino que, contumaz, rechazas a los que te aman, de lo cual has de arrepentirte.

MEDEA.— Vete, que ya no puedes vivir separado de tu nueva esposa, ni estar tanto tiempo lejos de su palacio. Cásate con ella; quizás, los dioses lo permiten, celebrarás un himeneo o que rechazarías más adelante. Cuando el Amor domina a los hombres, ni es buena su fama, ni tampoco merecen alabanza; al contrario, cuando Cipris se acerca a nosotras con modestia, no hay diosa tan grata. Nunca, ¡oh, señora!, vibres contra mí tu arco de

oro, ni me hiera con tus deseos tu inevitable saeta. Sea mi galardón la continencia, el más hermoso presente de los dioses; que jamás me obligue la poderosa Cipris a tomar parte en luchas de éxito dudoso, ni en insaciables combates que trastornen el alma con envidia de ajeno lecho, sino que me conceda vivir en pacífico consorcio y distinguir con claridad los tálamos de las demás esposas. ¡Oh, patria y familia mía; que jamás sea desterrada, teniendo que pasar la vida en la indigencia, víctima de los más miserables trabajos! Que la muerte, que la muerte me arrebate antes que llegue ese día. No hay mayor mal que habitar lejos de la patria. Lo vemos con nuestros ojos; no hablamos por lo que otros nos dijeron. Ni tu ciudad ni ninguno de tus amigos se ha compadecido de tus gravísimos infortunios. Perezca el miserable, sea el que fuere, que no honre a sus amigos y no les entregue la llave de su puro corazón. Nunca lo será para mí.

(*Aparece en escena Egeo, rey de Atenas, con indumentaria de caminante*).

EGEO.— Salve, Medea; no hay más bello exordio para hablar a los que amamos.

MEDEA.— Salve tú también, Egeo, hijo del prudente Pandión. ¿De dónde vienes?

EGEO.— De visitar el antiguo oráculo de Febo.

MEDEA.— ¿A qué has ido al fatídico centro de la tierra?

EGEO.— Llevado de mí deseo de tener hijos.

MEDEA.— Por los dioses, ¿todavía arrastras sin ellos la vida?

EGEO.— Sin hijos seguimos por decreto de algún dios.

MEDEA.— ¿Y estando casado vives sin tu esposa?

EGEO.— No carecemos de tálamo conyugal.

MEDEA.— ¿Y qué te ha dicho Febo?

EGEO.— Palabras demasiado sublimes para que un hombre las entienda.

MEDEA.— ¿Podría yo conocer el oráculo del dios?

EGEO.— Sin duda, y con tanta más razón cuanto que se necesita para comprenderlo ingenio sagaz.

MEDEA.— ¿Qué respondió, pues? Dilo, si es que puedo oírlo.

EGEO.— Que no saque mi pie de los odres.

MEDEA.— ¿Antes que hicieres alguna otra cosa, o que llegues a algún país?

EGEO.— Antes de volver al hogar patrio.

MEDEA.— ¿Y por qué causa has navegado a este país?

EGEO.— Hay aquí un cierto Piteo, rey de la tierra Trecén.

MEDEA.— Según dicen, el más piadoso de los hijos de Pélope.

EGEO.— Quiero comunicarle el oráculo del dios.

MEDEA.— Es un varón sabio, y muy perito en tales interpretaciones.

EGEO.— Y el más amado de todos mis huéspedes.

MEDEA.— Que seas feliz y que consigas lo que deseas.

EGEO.— (*Observando el gesto de Medea*). ¿Qué ha nublado tus ojos y consumido tu cuerpo?

MEDEA.— ¡Oh, Egeo, mi esposo es el más malvado de todos los hombres!

EGEO.— ¿Qué dices? Cuéntame con franqueza tus penas.

MEDEA.— Jasón me ultraja, sin haberle causado yo mal alguno.

EGEO.— ¿Cuál es su crimen? Dímelo más claramente.

MEDEA.— Ha tomado otra esposa para que gobierne su casa.

EGEO.— ¿Y cómo se ha atrevido a cometer tan vergonzosa maldad?

MEDEA.— Pero no deja de ser cierta; llena estoy de ignominia, cuando antes me amaba.

EGEO.— ¿Enamorado de ella o harto ya de tu lecho?

MEDEA.— Cediendo a su amor vehemente; no era leal con sus seres queridos.

EGEO.— Váyale, pues, bien si, como dices, es un malvado.

MEDEA.— Quiso casarse con hijas de reyes, para obtener la alianza con los soberanos.

EGEO.— ¿Quién se la da en matrimonio? Háblame hasta el final.

MEDEA.— Creonte, que reina en Corinto.

EGEO.— Comprensible era sin duda tu dolor, ¡oh, mujer!

MEDEA.— Estoy perdida y además me destierran de este país.

EGEO.— ¿Quién? Me anuncias una nueva desgracia.

MEDEA.— Creonte me destierra de Corinto.

EGEO.— ¿Y Jasón lo consiente? No alabo su conducta.

MEDEA.— Si le oyes, no es así; pero en su corazón lo desea. (*Arrojándose a los pies de Egeo*). Imploro, pues, tu ayuda; por estas barbas y por estas rodillas te suplico; compadécete, compadécete de mi desventura, no me veas desterrada y sin amigos; dame un asilo en tu reino y hospitalidad en tu palacio. Que los dioses te concedan descendencia, como se lo has pedido, y que feliz mueras. No sabes lo que puedes ganar conmigo; no solo no carecerás de hijos, sino que tendrás muchos; tales remedios conozco.

EGEO.— Por muchas razones, ¡oh, mujer!, estoy dispuesto a otorgarte ese favor, ya por honrar a los dioses, ya por tener los hijos que me prometes, perdida ya por completo la esperanza de engendrarlos. Siendo este mi mayor anhelo, si vas a mi reino te hospedaré, porque soy justo. Solo te advierto, ¡oh, mujer!, que no quiero llevarte de aquí; pero si te refugias en mi palacio estarás allí segura, y a nadie te entregaré. Sal de este territorio, que no quiero faltar a los que me dan hospitalidad.

MEDEA.— Así lo haré; jura cumplir lo que has prometido y me colmarás de júbilo.

EGEO.— ¿No tienes en mi palabra confianza? ¿Qué temes?

MEDEA.— No desconfío de ella; pero la familia de Pelias y Creonte son mis enemigas. No consentirás, pues, si te obligas con juramento, que estos, cuando quieran, me arranquen de tu reino; pero si solo me das tu palabra y no me lo juras por los dioses, podrás hacerte amigo de los que me odian, y acaso cedas a los ruegos de sus heraldos; yo tengo poco, ellos riquezas y reales palacios.

EGEO.— Gran previsión revelan tus palabras, ¡oh, mujer!; así no rehusaré complacerte. Será para mí lo más seguro que pueda dar alguna excusa a tus enemigos y nada tendrás que temer. ¿Por qué dioses he de jurar?

MEDEA.— Jura por la Tierra que pisamos, y por el Sol, padre de mi padre, y al mismo tiempo por todos los dioses.

EGEO.— ¿Qué he de hacer o no he de hacer? Dilo.

MEDEA.— Que nunca me expulsarás de tu territorio y que, si alguno de mis enemigos quiere arrancarme de él, tú, mientras vivas, no lo consentirás.

EGEO.— Juro por la Tierra, por la brillante luz del Sol y por todos los dioses que haré lo que dices.

MEDEA.— Basta. ¿Qué males sufrirás si no cumplieres tu juramento?

EGEO.— Los que merecen los mortales impíos.

MEDEA.— Vete contento; todo va bien; pronto iré a tu ciudad, después de que ejecute lo que medito y consiga lo que deseo.

EL CORO.— (*A Egeo, mientras parte con su séquito*). Que te acompañe a tu palacio el hijo de Maya, regio guía, y logres lo que ahora te preocupa, porque tú, Egeo, eres conmigo generoso.

MEDEA.— ¡Oh, Zeus! ¡Oh, Justicia, hija de Zeus y luz del Sol! Ahora, ¡oh, amigas!, venceremos con gloria a nuestros adversarios y entraremos en el camino recto. Ahora espero que mis enemigos sean castigados. Egeo se nos ha aparecido en medio de nuestros trabajos como puerto en donde podremos realizar nuestros proyectos; en él ataré los cables de mi nave cuando vaya a la ciudad y a alcázar de Atenea. Ahora voy a exponer mi propósito:

oye, pues, mis palabras, no ordenadas para deleitar. Rogaré a Jasón, enviando uno de mis siervos, que venga a verme, y cuando llegue, le recibiré con frases halagüeñas y le diré que me agrada cuanto ha hecho, su regio enlace y vil traición, y que es útil y está bien pensado; y le suplicaré que me deje aquí con mis hijos, no con objeto de abandonarlos en este campamento enemigo y que sirva en él de ludibrio, sino para matar dolosamente a la hija del rey. Llevarán presentes a la esposa, le pedirán que no los expulse de aquí, y le ofrecerán un finísimo vestido y una corona de oro. Y cuando se ponga estas galas, perecerá miserablemente y todos los que la tocaren, tan poderoso y eficaz será el veneno que ha de bañarla. Nada aquí me obliga ahora a disfrazar mis pensamientos; pero gimo cuando reflexiono en la atroz maldad que he de cometer: mataré a mis hijos, nadie me los arrebatará, y después que arruine el palacio de Jasón, me iré de aquí y expiaré en el destierro la muerte de seres tan queridos, ya que he de atreverme a consumar el más impío de los crímenes. No es tolerable, ¡oh, amigas!, servir de escarnio a nuestros enemigos. Sea, pues, así; ¿qué gano yo con vivir? Ni tengo patria ni hogar, ni refugio alguno en mis males. Falté en abandonar el hogar paterno dejándome seducir de un griego, que nos pagará lo que nos debe si

los dioses lo permiten. Jamás verá vivos después a los hijos que en mí ha procreado, ni los tendrá de su nueva esposa, porque es menester que esa infame perezca antes envenenada por mí. Nadie pensará entonces que yo soy débil o impotente, ni que sufro mi daño tranquila, sino, al contrario, que soy terrible contra mis enemigos y benévola con los que aman. Solo de esta manera se adquiere mayor gloria.

EL CORO.— Ya que nos has participado tus proyectos, queremos servirte y defender las leyes a que obedecen los mortales, y te exhortamos, por tanto, a que no los realices.

MEDEA.— No es posible hacer otra cosa; pero perdono tus palabras, ya que no padeces mis males.

EL CORO.— ¿Pero te atreverás a matar tus hijos?

MEDEA.— Así atormentaré horriblemente a mi esposo.

EL CORO.— Y tú serás al mismo tiempo la madre más desventurada.

MEDEA.— Así sea; superfluo es cuanto hablemos. (*A una esclava suya*). Ve, pues, tú, y haz venir a Jasón, que me sirves en todo fielmente. No le dirás nada de lo que he pensado, si es cierto que amas a tu señora y que eres mujer.

EL CORO.— Desde las edades pasadas son afortunados los descendientes de Erecteo, hijos de los bienaventurados dioses; nutridos de la sabiduría más ilustre en país inexpugnable, y discurren con pompa en lucidísima atmósfera, en donde dicen que un tiempo la blonda Armonía dio a la luz las castas musas, a las nueve Piérides. Allí dicen también que Cipris, con las hondas del Cefiso, de cristalina corriente, refrescó las dulces y suaves auras, y visitó esa región, entretejiendo su cabellera con guirnaldas de fragantes rosas, y envió los Amores, que forman el consejo de la Sabiduría, y que son origen de todo linaje de alabanzas. ¿Cómo, pues, la ciudad de los sagrados arroyos, cómo la región que tanto favorece a sus amigos, podrá acogerte como a los demás si matas impíamente a tus hijos? Piensa en su muerte, considera el castigo que mereces. No; todas te suplicamos, abrazadas a tus rodillas y con toda nuestra alma, que no mates a tus hijos. ¿Cómo tu ánimo o tu mano serán tan audaces,

cómo tu corazón podrá revolverse a hacer daño a tus hijos y cometer tan horrible maldad? ¿Cómo podrás mirarlos y presenciar sin lágrimas su martirio? No será posible, cuando caigan ante ti suplicantes, matarlos sin piedad, y manchar en su sangre tu mortífera mano. (*Aparece en escena Jasón, acompañado de la nodriza*).

JASÓN.— A ruego tuyo vengo, aunque seas mi enemiga; no te faltaré en esto, te oiré, ¡oh, mujer!, si tienes algo nuevo que decirme.

MEDEA.— Te suplico, Jasón, que perdones mis anteriores palabras; justo es que disimules mi ira, ya que tanto te he servido. He reflexionado más tranquila, y me he dicho lo siguiente: ¿Por qué soy tan miserable que me enfurezco contra los que a mi bien atienden, y soy enemiga de los reyes de esta región, y de mi mismo esposo, que por nosotros hace lo que más nos conviene, casándose con la hija del rey para que mis hijos tengan hermanos? ¿No aplacaré al fin mi furor? ¿Cuánta no es mi locura rechazando estos bienes que los dioses me conceden? ¿No tengo hijos? ¿Ignoro que estamos condenados al destierro y sin amigos? Después de resolver esto en mi ánimo, reconocí que era insensata en sufrir tan grandes

males, y que sin razón me había encolerizado. Ahora te alabo, y me parece prudente que te cases en beneficio nuestro; y yo me tengo por insensata, porque debía haber aprobado tus proyectos, y ayudar a tu esposa, y asistirla en su lecho, y servirla contenta. Pero somos mujeres, somos como somos, no diré más. No debo, pues, confundirte con los malvados, ni has de pagar las culpas de los necios. Cedemos y confesamos que hicimos mal entonces, y que ahora lo pienso con más prudencia. (*Dirige su voz hacia la casa y llama a sus hijos*). ¡Oh, hijos, hijos míos! Vengan aquí, dejen su habitación. (*Los niños aparecen acompañados del pedagogo*). ¡Saluden, hablen a su padre y reconcíliense con él al mismo tiempo que su madre, por el odio que antes tuvimos a los que nos amaban! La paz sea con nosotros, lejos la ira. Tomen su mano derecha. (*Hablando para sí*). ¡Ay de mis males! ¡Cómo embarga mi ánimo el recuerdo de mis recientes extravíos! ¿Acaso, ¡oh, hijos!, vivirán así mucho tiempo, y me ofrecerán sus brazos? ¡Ay, cuán mísera, cuán propensa al llanto, cuán tímida soy! (*Alto*). Tarde se acaba el disgusto que tuve con su padre. Las lágrimas surcan ahora mi rostro.

EL CORO.— Una lágrima brota también de mis ojos, y ojalá que no deplore otro mal mayor.

JASÓN.— Alabo tu conducta presente, ¡oh, mujer!, y no puedo vituperar la pasada; es natural que las mujeres se enfurezcan contra su marido si se casa con otra. Pero tu corazón ha cambiado favorablemente, y al fin conociste que era mejor mi proyecto. Así es como obran las prudentes. (*A sus hijos*). Su padre, ¡oh, hijos!, no ha vacilado, con ayuda de los dioses, ha procurado su futura suerte, pues creo que con sus hermanos serán algún día señores de Corinto. Lo demás, obra es de su padre y del dios que les favorezca. Que yo les vea bien educados llegar al término de la pubertad, superiores a mis enemigos. (*A Medea que gime*). Mas ¿por qué corre copioso llanto de tus hinchados ojos y no oyes con satisfacción mis palabras?

MEDEA.— No es nada; pensaba en estos hijos míos.

JASÓN.— Ten confianza en mí; yo miraré por ellos.

MEDEA.— Así lo haré, y no desconfiaré de tus promesas; pero la mujer es sensible por naturaleza y propensa a las lágrimas.

JASÓN.— ¿Qué es lo que te impulsa a gemir tanto por estos hijos?

MEDEA.— Yo los he dado a luz, cuando tú les deseabas la vida, me invadió la compasión ante la duda de que eso suceda. Pero volvamos a la cuestión por la cual tú has venido a hablar conmigo. Unas cosas ya están dichas, pero voy a exponerte las que quedan. Puesto que parece bien al rey que me aleje de esta tierra, y sé bien que esto es lo más provechoso para mí, que mi vida aquí no sea un estorbo ni para ti ni para los soberanos, pues les parezco funesta para la casa, obedeceré sus órdenes, pero a fin, de que mis hijos se eduquen bajo tu vigilancia, ruega a Creonte que no compartan mi pena.

JASÓN.— No sé si podré persuadirlo; probaremos, sin embargo.

MEDEA.— Al menos rogarás a tu esposa que lo pida a su padre.

JASÓN.— Sin duda alguna, y espero conseguirlo, si es una mujer como tantas otras.

MEDEA.— También yo te ayudaré en esa empresa: le enviaré presentes que excedan en belleza a todos los humanos que he visto; a saber, un sutil vestido y una corona de oro, que llevarán mis hijos. (*Dirigiendo su voz*

a la casa). ¡Vamos, que cuanto antes uno de los criados traiga aquí los adornos! (*A Jasón*). Tu esposa será feliz e incomparable en su dicha, no solo porque se casa contigo, que tanto vales, sino porque poseerá ese don, que en otro tiempo hizo el Sol a mis ascendientes. Tomen en sus manos estos nupciales dones, ¡oh, hijos!, y llévenlos a la afortunada esposa, a quien deben obedecer. Tales regalos no deben despreciarse.

JASÓN.— ¿Por qué, ¡oh, insensata!, te desprendes así de ellos? ¿Crees que faltarán vestidos en el palacio del rey? ¿Crees que faltará oro? Guárdalos, no los des. Mi esposa me estima; me preferirá, sin duda, a todas las riquezas.

MEDEA.— No me digas eso; dícese que hasta los dioses se aplacan con dones; el oro entre los hombres vale más que infinitos discursos; le favorece la fortuna, el cielo le es propicio; mi vida daría gustosa porque no fuesen desterrados mis hijos, no solo oro. Ustedes, ¡oh, hijos!, así que entren en ese opulento palacio, rueguen a la nueva esposa de su padre, hoy mi señora; suplíquenle que les libre de mi pena, y presenten esos regalos, lo que más interesa es que los reciba en su mano. Vayan

cuanto antes; traigan a su madre el feliz mensaje de que ha logrado lo que deseaba. (*Se retira Jasón con sus hijos*).

EL CORO.— Ya no tengo esperanza de que vivan sus hijos, ya no; ya caminan a la muerte. Daño recibirá la esposa de la diadema de oro; daño recibirá la desdichada. Ella con sus manos adornará con el letal presente su blonda cabellera. Su belleza y divino brillo la invitarán a ponerse el vestido y la artística corona de oro, y después acabará su tocado en los infiernos. En tal lazo caerá y tal muerte sufrirá la infortunada; no, no evitará el daño que le amenaza. Y tú, ¡oh, mísero, funesto esposo, yerno de reyes!; tú contribuyes también, sin saberlo, a la ruina de tus hijos y a la muerte deplorable de tu esposa. ¡Oh, desdichado, qué distinta de lo que piensas será tu suerte! Pero también me hacen gemir tus dolores, ¡oh, madre de hijos sin ventura!, que les darás muerte por vengar la injusta traición que se hace a tu lecho conyugal, y la infidelidad de tu esposo, que te deja por vivir con otra esposa.

EL PEDAGOGO.— (*Con los hijos de Medea*). Libres, ¡oh, señora!, están ya tus hijos del destierro, y la regia

consorte recibió en sus manos los presentes, paz hay ya para tus hijos.

MEDEA.— ¡Ay de mí!

EL PEDAGOGO.— ¿A qué viene ahora tu tristeza, cuando la fortuna te es favorable? ¿A qué ocultas tu rostro y no me oyes con alegría?

MEDEA.— ¡Ay, ay de mí!

EL PEDAGOGO.— No es así como debes recibir mi grata nueva.

MEDEA.— ¡Ay, ay de mí otra vez!

EL PEDAGOGO.— ¿Acaso, sin saberlo, he anunciado alguna desdicha, creyendo falsamente que era alegre mi mensaje?

MEDEA.— Anunciaste lo que anunciaste; tú has hecho bien.

EL PEDAGOGO.— ¿Por qué bajas tus ojos y rompes en lágrimas?

MEDEA.— Mucho lo necesito, ¡oh, anciano!; yo, extraviada, y los dioses, conmigo, han pensado así.

EL PEDAGOGO.— Confíamelo, por mediación de tus hijos volverás más tarde.

MEDEA.— Y antes yo, infeliz, me llevaré otros.

EL PEDAGOGO.— No eres tú la primera que se separa de sus hijos. Los mortales han de sufrir con paciencia las desdichas.

MEDEA.— Así lo haré; pero entra en mi palacio y cuida de mis hijos como todos los días. (*El pedagogo abandona la escena*). ¡Oh, hijos, hijos!; ya tienen ciudad y casa, en la cual vivirán siempre sin su mísera madre; yo iré desterrada a otro país, antes de coger los frutos que han de dar y de verlos felices; antes de casarlos y de engalanar yo misma a su esposa, y el tálamo nupcial, y de llevar las antorchas. ¡Oh, cuán desdichada me hace mi feroz orgullo! En vano los eduqué, ¡oh, hijos!, en vano trabajé, y graves molestias me consumieron, y sufrí los intolerables dolores del parto. Sin duda, infeliz, puse en ustedes en otro tiempo mi esperanza, y pensé que me sostendrían en la vejez, y que con sus manos cerrarían mis

ojos, deseo tan natural en los mortales, ya se desvaneció ese dulce consuelo. Sin ustedes pasaré mi vida llena de tristeza y de amargura. Ya no verán con sus ojos amados a su madre, y vivirán en adelante de otra manera. ¡Ay, ay de mí! ¿Por qué me miran, ¡oh, hijos!? ¿Por qué me miran y me sonríen así, con sonrisa peor para mí que la muerte? ¡Ah, ah! ¿Qué haré? Desfallece mi ánimo, ¡oh, mujeres!, cuando tropiezo con las alegres miradas de mis hijos. No podré... Pero valgan los proyectos anteriores; de la tierra arrancaré a mis hijos... ¿Qué necesidad tengo de afligir a su padre con estos males, de sufrirlos yo duplicados? No seré yo... Constancia en mis propósitos... Pero ¿qué sufro? ¿Serviré yo de risa, quedando impunes mis enemigos? ¡Audacia! ¡Cuánta es mi flaqueza, cuánta debilidad revelan estas frases afeminadas! Entren en el palacio, ¡oh, hijos!; de Perpetuo tormento servirán a ese hombre, que no debe asistir a mis sacrificios. ¡No se enervará mi mano! ¡Ah, ah! ¡No cometerás este crimen, ¡oh, mujer!; déjalos, desventurada, perdona ya a tus hijos, viviendo allá contigo serán tu encanto!... No, por los dioses, que moren en el Oreo con los ministros de la venganza; jamás los abandonaré a los ultrajes de los que me odian. No hay más remedio; que mueran, y ya que es preciso, yo que les di la vida, yo se la quitaré. Resuelto

está y se cumplirá. Y la corona orna ya las sienes de la regia esposa y ya perece con su peplo. Ya, ya emprenderé mi funesta fuga, y les dejaré un legado aún más funesto... Quiero hablar a mis hijos. (*Los niños aparecen en escena*). Denme ¡oh, hijos míos!, denme su diestra para que la bese. ¡Oh, mano muy amada!, ¡oh, labios queridos!, ¡oh, noble rostro!, ¡oh, talle gentil!; sean felices, pero allá; su padre les arrebata la ventura que podrían disfrutar aquí. ¡Oh, dulce abrazo!, ¡oh, tez delicada!, ¡oh, suavísimo hálito de mis hijos!; salgan, salgan; no puedo miraros más, que mis desdichas me agobian. (*Los aleja de si e indica que los lleven dentro de casa*). Ya comprendo, ya conozco en toda su extensión la horrible maldad que voy a cometer; pero la ira es mi más poderosa consejera, causa entre los hombres de las mayores desventuras. (*Medea permanece en el teatro, deseosa de saber el resultado de su funesto mensaje*).

EL CORO.— Ya más de una vez he hecho reflexiones más profundas y estudios más serios de lo que aborda el género femenino, y también nos favorece una musa que, para hacernos más sabias, conversa con nosotras, no con todas, que acaso encontrarás pocas a quien esto ocurra. Sostengo, pues, que los mortales que no conocen

el himeneo ni las dulzuras de la paternidad, son más felices que los que tienen hijos. Como los célibes ignoran si aquéllos sirven de placer o de pena a los hombres, se libran de muchas miserias. Los que tienen dulce prole, llenos están de cuidados, como yo observo, primero para educarla bien y dejarle medios de subsistencia, y después porque no saben si sufren esos trabajos por quienes han de ser buenos o malos. Recordaré tan solo este mal, el más intolerable para todos los mortales, allegadas a veces abundantes riquezas, y ya hombres y buenos nuestros hijos es tan grande nuestra desgracia, que la muerte los arrebata de la tierra y los lleva al imperio de Hades. ¿Por qué los dioses, además de tantos otros, han de causar a los hombres este dolor, el más acerbo de todos?

MEDEA.— Ya, amigas, gira veloz la rueda de la fortuna; ya veo claramente el término de todo esto. Parece desde aquí que se acerca un servidor de Jasón; diríase, por su aspecto, que viene conmovido, como a anunciar alguna desdicha.

EL MENSAJERO.— ¡Qué cruel y nefanda maldad has cometido!, ¡oh, Medea! Huye, huye, ya en nave que como

carro surque las ondas, ya en otro cualquier vehículo que huelle la tierra.

MEDEA.— ¿Qué ha sucedido digno de tal destierro?

EL MENSAJERO.— Han muerto ahora poco, la princesa real y Creonte, su padre, envenenados por ti.

MEDEA.— Me anuncias gratísima nueva, y en adelante serás uno de mis bienhechores y amigos.

EL MENSAJERO.— ¿Qué dices? ¿Estás en tu cabal juicio? ¿No deliras, ¡oh, mujer!? ¿Te alegras al saber la ruina del real palacio? ¿No temes las consecuencias?

MEDEA.— Algo podría replicarte; pero no te exasperes demasiado, ¡oh, amigo!, sino cuéntame cómo han perecido; doblado será nuestro deleite sí fue su muerte la más horrible.

EL MENSAJERO.— Cuando llegaron tus dos hijos con su padre y entraron en el palacio conyugal, nos alegramos todos los servidores, que deplorábamos tus desdichas; de uno en otro circuló de repente el rumor de que te habías reconciliado con tu esposo. El uno besaba la mano, el otro

la blonda cabellera de tus hijos; y yo, lleno de alegría, los acompañé hasta el aposento de las mujeres. La dueña a quien ahora servimos en tu lugar, antes de venir tus dos hijos miraba a Jasón con amor; después veló su rostro, y volvió a otro lado sus cándidas mejillas, mostrando su disgusto al entrar tus hijos. Pero tu esposo se esforzaba en aplacar el mal humor y la cólera de la doncella, diciéndole: «No seas enemiga de los que me aman; mitiga tu ira y vuelve hacia aquí tu cabeza, y ten por amigos a los que lo son de tu esposo; acepta estos presentes y ruega a tu padre que por mí revoque el destierro de mis hijos». Ella, al ver tu regalo, no persistió en su propósito sino prometió a Jasón hacer cuanto deseaba, y antes que saliesen los tres del palacio, tomó en sus manos el gentil vestido y se lo puso, y adornó sus rizos con la corona de oro, sonriéndose el contemplar en el espejo su bella imagen. Después, descendiendo del solio, se paseaba por el palacio y andaba lenta y majestuosamente, satisfecha de los dones, y mirándose y remirándose desde los pies a la cabeza. Al poco tiempo presenciamos un espectáculo horrible, se le alteró la temperatura, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo y apenas pudo llegar al solio, cayendo en seguida en tierra. Una de sus viejas servidoras, creyendo que le acometía el furor de Pan o de algún otro

dios, dio un grito cuando observó que arrojaba por la boca blanca espuma, y que se extraviaban sus ojos y la sangre desaparecía del cuerpo, y prorrumpió en terribles clamores. Una corrió en seguida al palacio de su padre, otra en busca de su esposo, a anunciarles esta desdicha; todo era confusión, voces y carreras. Un luchador ágil hubiese tocado con su carro a la meta corriendo seis pletros con paso rápido, mientras ella, con los ojos cerrados y sin vida, gemía con pena, despertando al fin presa de los graves males. La corona de oro, que llevaba en la cabeza, despedía llamas sobrenaturales que todo lo devoraban, y los sutiles vestidos, presente de tus hijos, se cebaban en las blancas carnes de la desventurada. Huyó, por fin, levantándose del solio ardiendo, y sacudía sus cabellos a uno y otro lado, pugnando por arrojar la corona; pero el oro, firmemente adherido a ella, no cedía, y el fuego, después de agitar sus cabellos, estallaba con doble fuerza. Cayó, por último, en tierra, vencida por el mal y horriblemente desfigurada, hasta el punto de que solo su padre podía conocerla. No se distinguían bien sus ojos; su rostro había perdido toda su gracia; de su cabeza corría sangre mezclada con fuego, y las carnes se desprendían de sus huesos, como lágrimas de pino se desprendía a pedazos por la eficacia invisible del veneno,

ofreciendo un espectáculo horrendo. Nadie osaba tocar el cadáver, temiendo participar de su desdicha. Pero su infortunado padre, que nada sabía de su mal, entró en el aposento de repente y se abalanzó a la muerta, y dio grandes alaridos y abrazándola y besándola, decía: «¡Oh, hija desventurada! ¿Qué dios te ha perdido tan miserablemente? ¿Quién acompañará a tu viejo padre a la pira si tú mueres? ¡Ay de mí! ¡Perezca yo contigo, oh, hija!». Después que cesaron sus gemidos y lágrimas y quiso levantarse, se vio adherido al sutil traje, y como la hiedra a las ramas de laurel. Hubo una lucha horrible: pugnaba por alzar la rodilla, y los paños, firmemente unidos a ella, lo impedían, y cuando forcejeaba, sus viejas carnes se separaban de sus huesos. Al fin exhaló el alma el desdichado, rendido por el dolor. Yacen, pues, muertos los dos, la hija y su anciano padre, el uno junto al otro, calamidad que pide a voces lágrimas. (*A Medea*). Tú discurrirás el medio de salvarte, que yo nada puedo aconsejarte. Atormenta tu ingenio para evitar el castigo que te amenaza. No es ahora la vez primera que pienso que los proyectos de los mortales son solo humo, ni vacilo en afirmar que los que se tienen por sabios y se consagran a investigar la razón de las cosas, son los que más torpezas cometen. Nadie es feliz, si llega a poseer

grandes riquezas podrá serlo más que otro, pero nunca enteramente.

EL CORO.— No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. ¡Oh, hija desventurada de Creonte!, ¡cuánto deploramos tu desdicha, pues que, por casarte con Jasón, has bajado al palacio del dios de las tinieblas!

MEDEA.— He resuelto, ¡oh, amigas!, matar cuanto antes a mis hijos y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte a manos enemigas; sin remedio deben morir, y como es preciso, yo que los procreé, los mataré también. Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué titubeo en perpetrar males crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía, empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida, y no seas cobarde, ni te acuerdes de tus hijos, a quien tanto amas porque los diste a luz; olvídate en este breve día de que los tienes y llora después, que, aunque los mates, siempre te fueron caros y siempre fuiste una mujer infeliz. (*Entra en la casa*).

EL CORO.— Vitoreemos a la Tierra y a los rayos del Sol que todo lo alumbran; vean, contemplen a aquella

mujer desventurada antes que llene sus manos de sangre infanticida. De ti descienden sus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de dioses. Refrénala, ¡oh, luz divina!, detenla; arroja de este palacio a la sanguinaria y mísera furia, inspirada por fatídicas deidades. En vano los dio a luz con dolores, en vano fuiste tronco de amada prole, ¡oh, tú, que atravesaste los escollos inhospitalarios de las cerúleas Simplégadas! ¡Oh, infortunada! ¿Qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza a los mortales, cuando riegan la tierra con sangre de sus parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía a las familias calamidades proporcionadas a la pena que merecen.

PRIMER NIÑO.— (*Desde dentro*). ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde huiré de mi madre?

SEGUNDO NIÑO.— No lo sé, hermano muy querido; ¡vamos a morir!

EL CORO.— ¿Oyes, oyes el clamor de sus hijos? ¡Oh, mísera e infeliz mujer! ¿Entraré en el palacio? Salvemos a

sus hijos de la muerte. (*El coro se detiene viendo cerradas las puertas*).

LOS NIÑOS.— ¡Pero socórrannos, por los dioses! ¿Vendrás a tiempo? Ya el puñal nos amenaza de cerca.

EL CORO.—¿Eres, ¡oh, miserable!, piedra o hierro, para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos que diste a luz? Solo sé de una, de una mujer de los pasados tiempos que matase a sus hijos; solo sé de Ino, furiosa por orden divina, cuando la esposa de Zeus la arrojó de su palacio y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿Puede suceder nada más horrible? ¡Oh, funestos casamientos, cuántos males has acarreado a los hombres! (*Jasón entra apresuradamente en escena*).

JASÓN.— Mujeres que rodean ese palacio, ¿está en él esa Medea que ha cometido tantos horrores? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, o que, cual ave, se lance a las aéreas regiones, para que no pague la pena que merece por su delito contra la real familia. ¿Cree acaso, después de dar muerte a los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune? Pero no tanto

vengo por ella como por mis hijos; castíguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte, en represalias de la nefanda maldad que ha cometido su madre.

EL CORO.— ¡Oh, infeliz Jasón!, aún ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan; a no ser así, no hablaras como hablas.

JASÓN.— ¿Qué hay? ¿Quiere matarme también?

EL CORO.— Tus hijos han muerto a manos, de su madre.

JASÓN.— ¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Oh, mujer, cómo me has afligido!

EL CORO.— Convéncete de que tus hijos ya no existen.

JASÓN.— ¿En dónde los ha asesinado? ¿Dentro o fuera del palacio?

EL CORO.— Abre las puertas y los verás muertos.

JASÓN.— (*Llamando a gritos a los criados de la casa*). Abran cuanto antes las puertas, servidores; quiten las barras para que contemple dos males a un tiempo y vea a mis dos hijos muertos, y para que los vengue y muera también a mis manos.

MEDEA.— (*Aparece Medea en lo alto de la casa sobre un carro tirado por dragones con los cadáveres de sus hijos*). ¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y a mí, que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quieres, jamás me tocarán tus manos, porque el Sol, padre de mi padre, me ha dado un carro que me protegerá contra mis enemigos.

JASÓN.— ¡Oh, rabia! Mujer odiosa, mujer la más detestada de los dioses, de mí y de toda la especie humana que has osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste a luz, y me dejas huérfano, y ves la tierra y el sol a pesar de tu impiedad maldita! ¡Ojalá que mueras! Ahora te conozco, no cuando de un palacio y de un país bárbaro te traje a la Grecia, a ti, que eres el más terrible azote, has hecho traición a tu padre y a la tierra que te crio. Obra es de los dioses que me arrastrara tu fatal destino cuando

asesinaste a tu hermano junto a los altares y te embarcaste en la nave Argos, de bella proa. Tales fueron tus primeras hazañas: te casaste conmigo, y después que diste a luz mis hijos, los mataste llevada de tu odio y de tu envidia a mi segunda esposa. Ninguna griega lo hubiese osado jamás; te preferí a ellas y fuiste mi compañera; enlace fatal y pernicioso para mí, que eres leona, no mujer, de índole más fiera que la tirrena Escila. Pero, vanamente te insultaría con millares de lenguas, siendo tan grande tu impudencia, ojalá que mueras, infame como ninguna, y además manchada con la sangre de tus hijos. Solo puedo ahora deplorar mí suerte, porque ni he disfrutado de mi segundo himeneo, ni podré ya hablar con los hijos que engendré y eduqué, habiéndolos perdido.

MEDEA.— Largamente replicaría a cuanto acabas de decir si el padre Zeus no conociera los beneficios que de mí has recibido y tu negra ingratitud. El destino no podía permitir que, despreciándome, tú y tu real cónyuge vivieran felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dio la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada, llámame, pues, Leona o Escila, que habita en la costa tirrena, pues te he herido en el corazón como merecías.

JASÓN.— Tú también sufres y participas de mis males.

MEDEA.— Puedes estar seguro de ello; sin embargo, es dolor que me agrada porque no te ríes.

JASÓN.— ¡Oh, hijos! ¡Qué madre tan perversa les tocó en suerte!

MEDEA.— ¡Oh, hijos! ¡Cómo han muerto por culpa de su padre!

JASÓN.— Pero seguramente no los mató mi diestra.

MEDEA.— No tu diestra, pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

JASÓN.— ¿Y te resolviste a asesinarlos para vengarte de mi enlace?

MEDEA.— ¿Es acaso leve desdicha para una mujer?

JASÓN.— Sí, si es modesta; pero para ti todo es grave.

MEDEA.— (*Señalando los cadáveres*). Ya murieron; bastante será tu tormento.

JASÓN.— Dioses hay vengadores que te castigarán.

MEDEA.— Ellos saben a quién debe imputarse todo.

JASÓN.— De seguro conocen a fondo tu abominable corazón.

MEDEA.— Te odio, y me burlo de tus palabras amargas.

JASÓN.— Y yo de las tuyas; fácil es nuestra separación.

MEDEA.— ¿Con que eso dices? ¿Qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

JASÓN.— Déjame sepultarlos y llorarlos.

MEDEA.— De ningún modo; yo los enterraré, y los llevaré al bosque sagrado de Hera, diosa Acrea, para que ninguno, de mis enemigos los insulte removiendo su sepulcro. Y en esta tierra de Corinto instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en expiación de tan impío asesinato. Yo iré a la tierra de Erecteo y habitaré con Egeo, el hijo de Pandión. Tú, que eres perverso, tendrás mala suerte, aunque justa, y los restos de la nave Argos

herirán tu cabeza, ya que has sido testigo del amargo fin de mis bodas.

JASÓN.— Acabe contigo la furia vengadora de tus hijos asesinados, y la Justicia castigue tu crimen.

MEDEA.— ¿Qué dios, qué divinidad podrá escucharte, cuando eres perjuro y traidor a quienes dieron hospitalidad?

JASÓN.— ¡Fuera, fuera de aquí, malvada, asesina de tus hijos!

MEDEA.— Vete al palacio y entierra a tu esposa.

JASÓN.— Allá voy, huérfano de mis dos hijos.

MEDEA.— Aún no has gemido bastante; la vejez te aguarda.

JASÓN.— ¡Oh, hijos muy amados!

MEDEA.— De su madre, no de ti.

JASÓN.— Y sin embargo los mataste.

MEDEA.— Para ofenderte.

JASÓN.— ¡Ay de mí, desventurado! Solo deseo besar a mis hijos queridos.

MEDEA.— Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

JASÓN.— Concédeme, por los dioses, que toque siquiera sus infantiles cuerpos.

MEDEA.— No; vanos son tus ruegos.

JASÓN.— ¿Oyes Zeus cómo desoyen mis súplicas? ¿Ves que lo que sufro de esta execrable leona, asesina de sus hijos? Pero en cuanto pueda y me sea lícito, me lamentaré así y daré gritos, poniendo a los dioses por testigos de que me prohíbes tocar y sepultar los cadáveres de los hijos que mataste, ¡ojalá que nunca los viese, si habían de perecer a tus manos! (*Abandona la escena*).

CORO.— Zeus, desde el Olimpo, gobierna al mundo, y muchas veces hacen los dioses lo que no se espera, lo que se aguarda no sucede, y el cielo da a los negocios humanos fin no pensado. Así ha acontecido ahora.

"MEDEA.— Por mi saber me envidian unos, estos me llaman ociosa, aquellas perversas, para otros soy pesada carga, y, sin embargo, no sé demasiado...

Colección
Lima Lee

